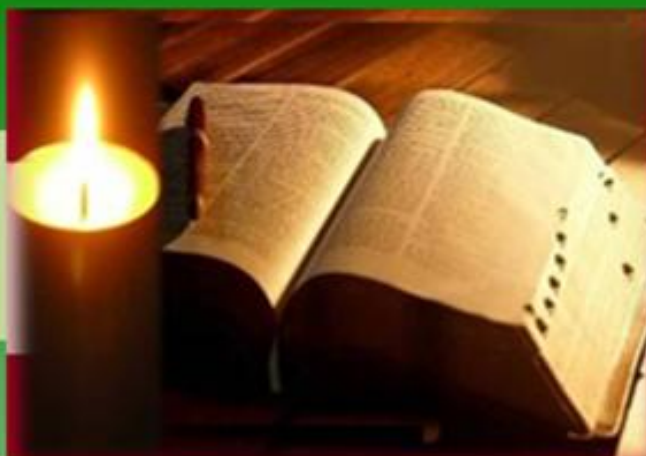


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 18º



Ordinario

P. Carlos Pabón Cárdenas, C.M.

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA



Ambientación

Vivimos a menudo víctimas de lo inmediato y perdemos de vista el sentido total de la vida. Olvidamos que la vida se nos ha dado y que «*no somos propietarios de ella sino responsables*». Sabemos por experiencia que nuestro paso por la vida es frágil y que nuestras seguridades son efímeras.

Hoy, la Palabra de Dios, nos habla de algo que nos afecta demasiado. Quiere hacernos reflexionar sobre la finalidad de nuestros afanes, de nuestras luchas, de nuestras preocupaciones. Al mismo tiempo nos ofrece un mensaje de liberación ante aquello que puede estar esclavizándonos: bienes, riquezas...

El tema de esta liturgia dominical es *la vanidad y la codicia*. La Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre nuestra condición humana.

1. PREPARACIÓN: Invocación al ESPÍRITU SANTO

Espíritu Santo,
 abre nuestra mente y nuestro corazón
 a la acogida generosa de la Palabra de Vida
 que nos congrega en esta experiencia de oración.

Haz que comprendamos la grandeza del Don de Dios
 y estemos dispuestos a aceptar su designio
 y sepamos leer los signos de su presencia
 en nuestra historia personal y comunitaria.
 Amén.

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto

Qo, 1,2; 2,21-23: «¿Qué saca el hombre de todo su trabajo?»

Se acusa, a veces, al libro del **Eclesiastés**, llamado también **Qohelet**, y más concretamente a esta página, de ser pesimista. No obstante, ¿no hay acaso un profundo realismo, desde la óptica de la fe, en estas palabras? También esta advertencia crítica hacia un optimismo infantil es la Palabra que tenemos que escuchar para que no nos dejemos «endandilar» por la obra de nuestro trabajo.

Esta lectura del Eclesiastés, con un humor ácido, va analizando las fuentes de la felicidad humana y se va burlando de ellas. Nos ofrece motivos claros para esta reflexión. Pasa en revista puntos principales en que el hombre pone su amor y su seguridad: la familia, el trabajo, las riquezas, y descubre que son bienes amenazados y pasajeros.





El autor sagrado nos ha hablado del trabajo. Lo emprende el hombre con ilusión. Quiere labrarse bienestar y duración tranquila. Pero se asoma a la realidad y descubre que **todo eso, hecho con habilidad, acierto y destreza** se deja un día en manos de **quien no lo ha trabajado**. Y con una dosis de humor triste, repite esa frase célebre que la memoria de todo hombre ha recogido: **Vanidad de vanidades y todo vanidad. Vaciedad sin sentido, todo es vaciedad.**

Vano es lo que sólo es apariencia pero carece de contenido, lo absurdo. Un fruto vano es sólo cáscara. Se abre y no tiene nada dentro. Así puede ser la vida cuando se funda en bienes efímeros y pasajeros. Y se hace la pregunta fundamental: ¿Si Dios tiene sólo esto para darnos qué nos da en realidad? Van desfilando las riquezas, los amigos, los bienes de familia, las alegrías humanas, bienes verdaderos pero, a la postre, perecederos. Es un escrito del Antiguo Testamento, antes de la venida de Cristo. El autor de Eclesiastés no da respuesta a la inquietud humana. Deja que el recorrer de la historia nos vaya dando la respuesta definitiva en Cristo.

No se trata de aquella vanidad que conocemos como arrogancia, presunción o envanecimiento, sino de aquella que es **la caducidad**, la **fragilidad** de las cosas de este mundo. La repetición de la palabra **vanidad** da al texto un énfasis fuerte, superlativo, de máxima **vanidad**. Es palabra característica de este libro de la Biblia que la emplea 37 veces. Su sentido original es *soplo, aliento, humo*. Mucho esfuerzo se ha hecho por traducirla de manera expresiva. En algunas traducciones se lee **vaciedad, vacuidad, ilusión, pura ilusión.**

Lo que nos quiere enseñar la Palabra de Dios es que nuestro paso por la vida está marcado por la caducidad. Tenemos compromisos en ella, buscamos establecernos y encontrar puntos de apoyo permanentes, pero todos ellos finalmente se desvanecen como humo. Son **vanidad**. ¿Será una mirada pesimista sobre la vida del hombre? ¿O es la comprobación de una realidad que tenemos que pensar? Venimos al mundo diseñados para desear una vida perdurable pero nos encontramos con la frustración que finalmente trae la muerte. Todo lo construido a lo largo del trabajo, las relaciones que establecimos en la familia y la amistad, nos acompañan hasta un momento dado y luego nos abandonan. ¿Pero el Dios eterno, el que nos ha hecho a su **imagen y semejanza**, no tendrá la última palabra?

Sal. 39(38): «Señor, dame a conocer mi fin»

En el salmo predomina la amargura y el sabor acerbo de elegía ante la caducidad de la vida y las miserias y dolor de la existencia. «El salmo está lleno de tristeza melancólica» (L. Desnoyers). «Es una desgarradora autobiografía» (Deissler). «Desde la sinceridad y delicadeza de sentimientos parece una de las más bellas elegías del salterio» (H. Ewald).

El salmista pide a Dios una respuesta. Quiere conocer su fin. Tiene derecho a saber qué sentido tiene una vida tan corta y tan limitada. La respuesta le podría





venir del salmo 90,12: «*Enseñanos a contar nuestros días y llegaremos a la sabiduría del corazón*». El hombre debe penetrar en el sentido de su limitación: apenas ha llegado a la vida y ya toca su fin. Habrá que procurar no perder este segmento pequeño rebelándose contra una felicidad imposible.

Hay que saber aceptar la vida como es, con su limitación: un palmo, un soplo, una sombra, la nada. Y esta limitación no sólo me afecta a mí, sino a toda la humanidad.

«Cosa extraña: el tiempo no es nada. Y, sin embargo, se pierde todo cuando se pierde el tiempo. Es que el tiempo es lo establecido por Dios para servir de paso a la eternidad».

(Bossuet)

Col. 3, 1-5.9-11: «*Busquen los bienes de arriba, donde está Cristo*»

Hé aquí un compendio muy claro de la vida cristiana, vista a la luz del Misterio Pascual de Cristo. Lo que cuenta en primer lugar es la vida nueva, escondida en Cristo. En función de la vida nueva se ejerce en el tiempo presente un trabajo de «*dar muerte*» a todo lo que no corresponde a la vida nueva. Quizá a la luz de estas palabras del Apóstol veamos más claro el misterio del Eclesiastés. La vanidad del tiempo presente, reconocida, es una llamada a buscar lo que Dios ha puesto en nosotros por la comunión con la vida de Cristo, que es para siempre.

Al entrar Dios a la experiencia humana, a través de la realidad de la encarnación de su Hijo Jesucristo, la condición humana se ha llenado de esperanza. El mundo frágil del hombre se ha llenado de la presencia de Dios. Jesús no se ha contentado con compartir la vida humana en toda su dimensión, excepción hecha del pecado, sino que ha querido asociarnos al misterio de su vida divina mediante el bautismo y nos ha abierto el camino hacia la vida eterna, mediante su resurrección, en la cual nos ha querido asumir. Considerar la vida del hombre, sin esa experiencia nueva, es encerrarla en el tiempo, en la **vanidad**, es llevarla a la frustración.

San Pablo nos lo enseña cuando, escribiendo a los cristianos de Colosas, nos dice: ***Ustedes han resucitado con Cristo... busquen los bienes de Dios... la vida de ustedes está sumergida con Cristo en Dios.*** Para alcanzarlo es preciso seguir el proceso de la vida cristiana: ***Despójense de la vieja condición humana... revístanse de la nueva condición que se va renovando... hasta llegar a conocerlo.*** Ese conocimiento no es meramente conceptual, como se conoce un dato matemático, sino que está hecho de experiencia y de amor.

¿Cuál es esa riqueza en Dios y para él que es el secreto de la felicidad de la vida humana? La respuesta definitiva a este interrogante está en la carta a los Colosenses que nos trae la segunda lectura: ***Han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba donde está Cristo... aspiren a los bienes divinos no a los de la tierra... la vida de ustedes está sumergida con Cristo***





en Dios. Esa vida divina a la que hemos entrado en el bautismo nos abre también al amor de los hermanos. Allí se superan todas las discriminaciones: **judíos o gentiles... esclavos o libres**, en Cristo todo lo que divide y enemista ha sido superado, **porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos.**

Lc. 12, 13-21: «*Las cosas que preparaste, ¿para quién serán?*»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a ti, Señor

¹³ Uno de la gente le dijo: «Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo». ¹⁴ Él le respondió: «¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?». ¹⁵ Y les dijo: «Miren y *guárdense de toda codicia*, porque, aunque alguien posea abundantes riquezas, *éstas no le garantizan la vida*».

¹⁶ Les dijo una parábola: «Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; ¹⁷ y pensaba entre sí, diciendo: "¿Qué haré, pues no tengo dónde almacenar mi cosecha?". ¹⁸ Y dijo: "Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, edificaré otros más grandes, reuniré allí todo mi trigo y mis bienes ¹⁹ y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea". ²⁰ Pero Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?".

²¹ Así es el que atesora riquezas para sí y *no se enriquece en orden a Dios*».

Palabra del Señor.

R/. Gloria Ti, Señor Jesús.

Re-leanj os el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Lc. 12, 1-12. [13-21]. 22-32

El relato del evangelio de hoy se encuentra sólo en el Evangelio de Lucas y no tiene paralelo en otros evangelios. Forma parte de la descripción del camino de Jesús, desde Galilea hasta Jerusalén (Lc. 9,51 a 19,28), en el que Lucas coloca la





mayor parte de las informaciones que consigue recoger respecto de Jesús y que no se encuentran en los otros tres evangelios (cf. **Lc 1**, 2-3). El evangelio de hoy nos trae la respuesta de Jesús a la persona que le pidió que mediara en el reparto de una herencia.

El texto propuesto por la liturgia para este Domingo 18º del tiempo ordinario, forma parte de un discurso bastante largo de Jesús sobre la *confianza en Dios* que quita todo temor (**Lc. 12**, 6-7) y sobre el *abandono en la providencia* de Dios (**Lc. 12**, 22-32). El pasaje de hoy en efecto está precisamente en medio de estos dos textos: **Lc. 12**, 1-12. **[13-21]**. 22-32

En el v. 13 alguien interrumpe el discurso de Jesús, mostrando su preocupación sobre cuestiones de herencia. Jesús predica que «no hay que tener temor de los que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más» (**Lc 12,4**), y este hombre no percibe el significado de las palabras de Jesús dirigidas a aquéllos que Él reconoce como «mis amigos» (**Lc. 12,4**). Por el evangelio de Juan sabemos que, amigo de Jesús es aquél que conoce a Jesús. En otras palabras, conoce todo lo que Él ha oído del Padre (**Jn. 15,15**). El amigo de Jesús debería saber que su Maestro está radicado en Dios (**Jn. 1,1**), y que su única preocupación consiste sólo en intentar hacer la voluntad de aquél que lo ha enviado (**Jn. 4, 34**). La amonestación y el ejemplo de Jesús a sus amigos es el de *no afanarse* por las cosas materiales, porque «*la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido*» (**Mt. 6,25**).

En un contexto escatológico Jesús aconseja: «*Cuiden que no se emboten sus corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida...*» (**Lc. 21,34**).

b) Comentario:

v. 13:

El evangelio de san Lucas que escuchamos nos revela el pleno sentido de nuestra condición humana. Partiendo de una experiencia muy humana, *el litigio entre dos hermanos por una herencia*, Cristo nos invita a sobrepasar barreras y fronteras. Ir hasta el plan que Dios tiene sobre nosotros.

Esa persona que le pedía a Jesús que interviniera en el problema de la herencia se inquietaba sólo por el presente. Sus palabras fueron: «*Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo*».

v. 14:

La Ley judía preveía una jurisprudencia al respecto pero esa casuística no está en el horizonte de la misión de Jesús: «*¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre ustedes?*».





Además hacerlo significaría enfrentar a dos hermanos, crear enemistad entre ellos y Jesús ha venido a hacer comunidad, a fraternizar.

v. 15:

Y sería alimentar la codicia en el hombre; él que no tenía donde reclinar la cabeza ni andaba en busca de bienes terrenos, tantas veces opresores. El que no sólo habló de los pobres sino que fue un pobre absoluto.

v. 16-17:

Crea de inmediato una parábola para transmitir a todos los tiempos su enseñanza. Llega a nosotros y nos debe esclarecer y cuestionar. Pone en escena un hombre, rico, con propiedades, beneficiado con una cosecha abundante, que se siente sobrepasado en sus mismas capacidades: «*¿Qué haré, pues no tengo dónde almacenar mi cosecha?*»

vv. 18-19:

El dueño acumula bienes como para no preocuparse por el futuro. Puede descansar y gozar de lo adquirido. No oculta su alegría y su satisfacción. Su monólogo revela un corazón profundamente egoísta. «*Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, edificaré otros más grandes, reuniré allí todo mi trigo y mis bienes*¹⁹ y diré a mi alma: *Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea*».

Experto en el arte de las parábolas Jesús, en la sobriedad de su relato, nos deja pensar, imaginar. El rico piensa en sí mismo. No se atreve a pensar que podría decir en cambio: llamaré a los pobres, compartiré con ellos, alegraré el corazón de muchos desposeídos, de esos huérfanos, viudas y forasteros, tan queridos de Dios, de que nos habla tanto la Biblia. Ni siquiera piensa en un hermano o familiar suyo que esté pasando por dificultades económicas... De haberlo hecho habría tenido cosecha eterna. Por el contrario, se encierra en sí mismo y pone una coraza y un límite mezquino a su corazón.

v. 20:

Hay una profunda ironía en el texto. A la seguridad del hombre se opone el *juicio de Dios* sobre las situaciones humanas. La Biblia llama *sabio* al hombre que ajusta su vida al querer de Dios. En cambio quien obra en contra de esa mirada divina que lo sigue es un *torpe, necio e insensato*.





El problema del rico de la parábola explicada por Jesús es el de no tener en cuenta las palabras del Eclesiastés ni -desde la perspectiva de la fe cristiana- el mensaje de la carta a los Colosenses. Es, a la vez, una aplicación de las palabras de Jesús al iniciar el **camino hacia Jerusalén**: «*¡El que quiera salvar su vida, la perderá!*». En el lenguaje cotidiano de hoy, podríamos decir que es el problema del **consumismo absolutizado como máximo ideal** de una persona. ¡Hé aquí la «vanidad»!

Ese hombre rico *no cuenta con la fragilidad humana*. Pero Dios, el que lleva los días del hombre y su historia, le dice: «*¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?*» Podemos recordar las palabras de Qohelet: Todo va a parar a quien **no lo ha trabajado**. «**Necio**», es decir, *insensato, tonto*, es el calificativo que Jesús da al rico de esta parábola.

Valiosa como el gran regalo de Dios, *la vida* es frágil, limitada. No somos propietarios de ella. Solo **administradores** del tiempo que nos toca vivir. Otro es el que lleva la cuenta de nuestros días. Y el final de la vida es el momento de la gran verdad de la existencia. El del balance sin remedio. Todo queda en otras manos en esa hora.

v. 21:

Y la conclusión propia del cristiano es: «*Así es el que atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios*».

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE la PALABRA

Hagamos un alto para preguntarnos...

Nos queda difícil tener una visión atinada de nuestra vida terrena. Las cosas presentes están a la mano y nos oscurecen el horizonte. Muchas veces son una urgencia y una preocupación legítima que nos distrae. Pero es bueno, atendiendo la Palabra de Dios, hacer un alto en el camino e interrogarnos. A ello nos invita esta liturgia de hoy. Pertenece a un plan de Dios que va más allá de la estrecha cuenta de nuestros días en el mundo. Debemos vivir atentos a dos urgencias de la vida: lo cotidiano que absorbe gran parte de nuestro tiempo: responsabilidades personales, familiares, sociales. Deberes que no podemos descuidar sin faltar al mismo plan de Dios que nos quiere atentos al amor de los hermanos de los que somos responsables. Como padres de familia, por ejemplo.





Otra urgencia mayor

Pero tenemos otra urgencia, incluso mayor. Es la del sentido total de nuestra vida. Y también tiene que ver esta urgencia con los hermanos. No pertenecemos solos al plan de Dios sino en estrecha unión y responsabilidad con el prójimo. El Señor nos invita en el evangelio a pensar igualmente en esta dimensión de nuestra vida. Nos ha fijado un final, una meta última, que está más allá de nuestro tiempo. Al pasar él de la muerte a la vida en su resurrección nos ha abierto la puerta de la vida en Dios. Nos quiere llevar con él. Por eso nos pide levantar la cabeza como el viajero que detiene la marcha y escruta la lejanía. Allí está la gran riqueza del vivir del hombre y de la razón de su existencia en el tiempo. Escuchemos al Señor que nos hace hoy esta invitación.

Economía y distribución del ingreso

«La dignidad de cada persona y el bien común son cuestiones que deberían estructurar toda política económica, pero a veces parecen sólo apéndices agregados desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral.»

¡Cuántas palabras se han vuelto molestas para este sistema! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar las fuentes de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia. Otras veces sucede que estas palabras se vuelven objeto de un manoseo oportunista que las deshonorra. La cómoda indiferencia ante estas cuestiones vacía nuestra vida y nuestras palabras de todo significado. La vocación de un empresario es una noble tarea, siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo».

(Papa FRANCISCO: Exhortación apostólica «La alegría del Evangelio» (EG), 203

No al pesimismo

El creyente no puede ser pesimista. No debe dejarse arrastrar por la esclavitud del egoísmo o del afán de acaparar bienes. Pero el creyente sabe que la vida tiene sentido por sí misma porque es camino hacia Dios.

La primera lectura tiene que ayudarnos a pensar que tenemos que trabajar para conseguir el pan de cada día y dar plenitud a las cualidades que Dios nos dio, pero que también hay otros valores tan importantes como el pan.

Frente a la «vaciedad» de las cosas si ponemos en ellas nuestro corazón, está la *presencia de Dios* que llena satisfactoriamente el «vacío» que no pueden llenar los bienes de la tierra. Acertadamente decía San Agustín que Dios nos creó para él y *«nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en él»*, por muchos bienes que posea en este mundo.



Sano optimismo

No se trata de una visión ilusa de la vida. Al hacernos discípulos de Jesús descubrimos el pleno sentido de la vida. La falta de fe en el Señor produce una nefasta miopía que impide descubrir el horizonte pleno de la vida. Dios nos quiere responsables durante nuestro paso por el mundo. En sus parábolas Jesús enseñaba que Dios nos ha confiado **talentos**, bienes que implican una gran responsabilidad no solo frente a él sino también frente a los hermanos. Dice san Lucas (19, 13): «Llamó a diez sirvientes suyos y les entregó una gran cantidad de dinero, y les encargó: *háganla producir hasta que vuelva*».

Los bienes del mundo tienen una necesaria **implicación comunitaria**. Son para ser trabajados para la construcción de un mundo mejor para todos los hijos de Dios. Pero el hombre no debe hacer de ellos un dios a quien se sirve (Mt 6, 24). No puede engolosinarse con ellos de modo que olvide su condición de pasajero en el mundo. Cuando entró en la vida de Zaqueo, hombre rico, le hizo descubrir el sentido de su riqueza y con compromiso solemne le dijo: «*Mira, Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y resarciré ampliamente a quien haya defraudado*»

Pero al mismo tiempo llevamos en nosotros el germen de la vida eterna. Estamos llamados a descubrir que al hacernos a su **imagen y semejanza** (Gn., 1, 27) Dios nos ha abierto el misterio de su vida divina para entrar en él. Construir ese mundo de Dios que llevamos en nosotros mismos, mediante la acción divina, es también responsabilidad ineludible, e incluso, máxima responsabilidad. Día a día, obra tras obra, vamos labrando, con el apoyo del Señor, esa vida divina que nos ha sido dada en el bautismo como una semilla que germina, crece y da frutos de vida eterna (Lc. 8, 15).

4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Concédenos, Padre de bondad,
que la Iglesia de Cristo, extendida por todo el mundo,
siga con fiel austeridad y moderación
el Evangelio de Jesús,
purifícala de toda ambición de dinero,
de poder y de prestigio.

Ayúdanos a construir un mundo
en el que resplandezcan
tu bondad y tu justicia,
en el que se cumplan tus designios.





Que todos nosotros
alcancemos lo que necesitamos
para vivir en justicia y en paz;
y que los cristianos nos veamos liberados
de la esclavitud de los bienes temporales.

Te encomendamos a los enfermos,
a quienes no tienen trabajo,
a los que no pueden disfrutar de descanso,
para que alcancen lo que necesitan
para vivir con dignidad.

Que nosotros no nos atemos
a los bienes de la tierra
y seamos capaces de buscar
«los bienes del Reino». Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMETE la PALABRA?

Unidos a Dios escuchamos un clamor

«La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde. Estas convicciones y hábitos de solidaridad, cuando se hacen carne, abren camino a otras transformaciones estructurales y las vuelven posibles. Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras tarde o temprano se vuelvan, corruptas, pesadas e ineficaces».

(Papa FRANCISCO: EG. 189)

Mirar los bienes que sí valen...

El Señor, en el Evangelio de hoy, nos hace una llamada a ser sensatos en nuestros afanes y saber luchar por los bienes que no perecen. Hemos de luchar por aquellos bienes que no se apagan con la muerte; por los bienes que sí podemos «llevar con nosotros». Como creyentes tenemos que pensar que los bienes a los que nos llama San Pablo a conseguir no son «para el más allá», sino que son toda nuestra vida de ahora «ordenada e iluminada por el más allá».





Así como una escalera no es «para subir» o «para bajar», sino «para llegar a una meta», así los afanes y los bienes de ahora son «*para llegar a Dios*».

Jesús no quiere «asustarnos» con una muerte inesperada, sino que quiere darnos un mensaje sobre la utilización de los bienes terrenos y la invitación a no poner en ellos nuestras esperanzas. Solamente quien confía en Dios y se hace «rico ante Dios» quedará colmado de consuelo y felicidad.

¡Estamos demasiado enfrascados en la lucha por alcanzar los bienes materiales, por hacer subir nuestro nivel de vida! Y el Señor nos advierte que el quedarnos en eso es una gran insensatez. Hemos de trabajar por el pan de cada día; pero debemos hacernos ricos ante Dios que es lo que tiene valor permanente e imperecedero.

Relación con la Eucaristía

«*Los bienes de allá arriba*» es precisamente lo que celebramos y está presente entre nosotros en el misterio eucarístico. La muerte de Cristo que anunciamos es el acontecimiento que transforma toda la realidad terrena, y le abre la puerta del futuro.

Celebrar la muerte del Señor es configurar nuestra vida a la suya, para poder morir con El, durante la vida presente, hasta el momento del tránsito histórico.

La presencia del Señor de la gloria nos urge constantemente a situarnos, en la Eucaristía, con la actitud que corresponde al juicio escatológico. Por ello solamente en la conversión y la reconciliación se da la preparación coherente a la Eucaristía.

Algunas preguntas para meditar durante la semana:

1. ¿Crees en la Providencia divina?
2. ¿Eres consciente de que lo que tienes viene de Dios, o te sientes dueño absoluto de tus bienes?
3. El hombre pide a Jesús que le ayude en el reparto de la herencia. Y tú ¿qué pides a Dios en tus oraciones?
4. El consumismo crea necesidades y despierta en nosotros el deseo de acumular. ¿Qué haces tú para no ser víctima de la sociedad de consumo?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM

